

extender nuevamente la influencia musulímica del otro lado de los Pirineos hasta Lyon. Por mas que los caudillos enviados por él desde el año 119 (737) sufrieran mas de una derrota, Narbona permaneció todavía por mucho tiempo en poder de los árabes. Ciertamente que muy pronto no fué ya posible hacer nuevas expediciones desde allí: la terrible guerra civil del año 123 (741), cuyas consecuencias trascendieron á toda la historia posterior del Occidente, paralizó por mucho tiempo las fuerzas del Islam no solo en Francia sino tambien en la misma España. Así Pepino, en el año 759 (142), logró reconquistar á Narbona; y lo que fué aun peor para el Islam, el yerno y segundo sucesor de Pelayo, Alfonso I, durante la guerra civil entre los creyentes no solo unió su principado vasco á los pequeños restos cristianos de Asturias, sino que rechazó bastante lejos, hácia el Sur, á los bereberes del Norte de España, que situados entre él y sus enemigos árabes, se encontraban entre dos peligros y además fueron diezmados por una hambre horrorosa en 132 (750). Desde aquella época, las principales fortalezas fronterizas de los árabes, hácia el Norte (de Oeste á Este), fueron: Coim-



Monedas españolas de oro, del año 98 de la Egira (717).

Anverso: En el centro: Mahoma [es] el enviado de Allah. — En el borde: Acuñado este dinar (pág 40, nota 2) en el Andalucía, en el año noventa y ocho.

Reverso: En el centro: una estrella. — En el borde: FERITOS OLIIN SPANANX «feritos solifidus in Span[ia] an[no] X.» ó sea: «acuñado este sueldo en España en el año X.»

bra, Coria, Talavera, Toledo, Guadalajara (1), Tudela y Pamplona; entre ellos y el nuevo reino de Asturias había una ancha faja de tierra inculta, que abandonada por los bereberes no había vuelto á ser labrada.

De esta suerte, al terminar la época de los omniadas alcanza el imperio universal árabe su mayor extension y casi al propio tiempo, despues de las rotas de Constantinopla y de Poitiers, toca los límites que no han de ser ya rebasados. Pero aquí tambien es Ajax quien sucumbe á manos de Ajax: no es el fuego griego ni la espada del franco lo que derriba la mas poderosa dinastía de califas y cierra la época heroica y de conquista árabe, sino el antiguo pecado original de este pueblo turbulento: las rivalidades de tribu.

CAPITULO IV

TERCERA GUERRA CIVIL Y CAIDA DE LA DINASTÍA

Tiene doble aspecto la relacion que guarda toda religion con el pueblo que la ha producido. Expresion de las mas elevadas aspiraciones del espíritu nacional, que determina su forma y da á su contenido una necesaria limitacion, contiene, además, á manera de elemento inconmensurable, un nuevo ideal, que es para sus adeptos, mas allá de estos límites, la promesa pero tambien el deber de futuro progreso. Así tiene toda religion influencia educadora en el pueblo que la profesa seriamente, y ninguna como el Islam se ha

(1) El nombre viene del árabe: *Wadi'l-tjidschara*, «arroyo de las piedras.» Puede adoptarse como regla general que todos los nombres españoles de rios y ciudades que empiezan con *Guad* proceden del árabe *Wadi*, «torrente, rio;» por ejemplo, Guadalquivir, de *Wadi-el-Kebir*, «el gran rio.»

arrogado mayor derecho á la enseñanza, y con un éxito que en los primeros momentos tenia algo de sorprendente. A la fascinacion que la persona de Mahoma y el ardor de su entusiasmo religioso ejercieron en un grupo de hombres decididos y graves, debe la Arabia que con el triunfo de la fe aparezca libre de golpe de la antigua maldicion que la habia impedido hasta allí elevarse á una civilizacion superior y á una igualdad de puesto entre las naciones. La division de su nacionalidad en centenares de tribus y subtribus, que luchan en mútua rivalidad, sin hacer el menor progreso, durante siglos, desaparece con la sumision de todos al supremo Señor de la fe, Allah, ante quien no hay ninguno que sea mas que el otro, no habiendo ya motivo para mútuos celos. Así el monton de sueltas flechas se ha convertido en sólido haz de unidad y desafia las impotentes tentativas de pueblos caducos para romper su solidez. Pero la educacion que ha producido tal prodigio, pesa duramente al hombre; la jóven y turbulenta nacion comete con la primera guerra civil la primera falta; y como ya no basta para contenerla la influencia moral del catecismo, se procura, ora con el halago, ora con el castigo, obligarla, á lo menos, á la quietud. El caso que hace de todo esto, lo demuestra la segunda guerra civil; y la repeticion de los procedimientos de fuerza no logra mas resultado que hacerla desbordar por completo, tan pronto como se quiebra el poder terrenal que la ha dominado. Solo cuando se pone de por medio el persa, se amansa al fin, lográndose luego en la época de los abasidas que la saludable enseñanza penetre poco á poco en los ánimos. Pero entretanto se habia perdido tiempo muy precioso, y les pasó á los árabes lo que á los estudiantes desaprovechados en los primeros tiempos: luego tienen ya demasiada edad y pierden el puesto que dadas sus dotes naturales podian haber ocupado en el mundo, teniendo que contentarse, á causa de su tardía reflexion, con ayudar á otros á que hagan su carrera.

Ya hemos visto que los omniadas, á pesar de todas sus inclinaciones mundanas, eran demasiado avisados para no favorecer de varios modos una moderada ortodoxia. Así Siyad como Haddschadsch no perdonaron esfuerzos para que sus soberanos «tuviesen religion en el país;» pero ya sabemos que esto no se consigue con solo mandarlo. Los que estaban en el poder á la sazón habian pospuesto la fe á sus intereses mundanos, y perseguido y maltratado á los compañeros del Profeta: nada mas justo, pues, que la fe prescindiera de ellos entonces. Además, en la Siria, que en tales circunstancias era el principal si no el único apoyo de la dinastía, unos á otros se conocian demasiado para que las ideas religiosas pudiesen producir resultado alguno. Así, todo dependia de que Keis y Kelb no viniesen otra vez á las manos, como despues de la muerte de Yezid I, y esto, dado el odio cada día mas inveterado entre uno y otro bando desde la batalla de la pradera de Rahit, solo podian lograrlo la influencia personal y la habilidad del mismo califa. En el caso, pues, de que éste fuera un débil gobernante ó un político poco perspicaz, era de prever que romperian desde luego las hostilidades los dos grupos de tribus enemigos; y como la suma de sus respectivas fuerzas representaba absolutamente el poder que era indispensable para mantener á raya los antagonismos religiosos y nacionales, su rompimiento debia acarrear necesariamente agitaciones cada vez mas intensas y, por último, sangrientas rebeliones de jaridschitas y siitas, persas y berberiscos. Estas disensiones, por efecto de la abundancia de tales elementos disolventes en todos los puntos del imperio, rápidamente llevaron á su ruina á la dominacion siria y á la dinastía de los omniadas.

Si habia un linaje de soberanos que pudiera vencer tama-

ñas dificultades, seguramente que parecia serlo el de Abdelmelik. De sus quince hijos, cuatro gobernaron como califas; uno, Maslama, representó un papel principal, bajo el gobierno de todos cuatro, como uno de los mas consumados generales del Islam, y dos de los califas, Walid é Hisham, son considerados entre los príncipes mas esclarecidos que ha dado de sí el Oriente. Pero hasta en una casa en la que de tal manera abundaban las dotes personales, debian encontrarse individuos mas débiles, y la situacion entre yemenitas y keisitas era demasiado tirante para que la primera falta cometida dejase de tener funestas consecuencias. Suleiman, hijo segundo de Abdelmelik, fué el que la cometió, y de él data esencial aunque no aparentemente la decadencia de la dominacion omniada. Su padre, con el prudente dominio de sí mismo que constituia el rasgo mas saliente de su carácter, habia sabido mantener equilibrada la balanza entre Kelb y Keis. A pesar de que éstos, aun despues de la batalla de la Pradera, habian puesto otra vez en grave peligro al gobierno con su antipatriótico comportamiento en Khasir, Abdelmelik confió la administracion de todo el Oriente al keisita Haddschadsch, el cual no perdió tiempo en colocar por todas partes á sus primos, por cierto no en perjuicio del imperio, y en privar á los caudillos yemenitas, ante todo á los de la casa de Mohallab, de los cargos mas influyentes. Los árabes del Sur se mostraron muy indignados, quejándose amargamente de la ingratitud del soberano que les debía el trono, pero acabaron por aplacarse cuando el califa les concedió la conquista y administracion del Occidente. Walid, aunque continuó apoyándose sin reserva en Haddschadsch, se guardó muy bien de cambiar el estado de cosas existente. Pero murió en la flor de la edad (1), y el que le sucedió segun la voluntad de su padre, su hermano Suleiman, no era bastante desapasionado ó perspicaz para sacrificar en aras del imperio sus afectos personales. De las cualidades de soberano de los de su casa solo habia heredado la mas peligrosa, la altivez, y no supo enfrenar ni su sensualidad ni sus caprichos. No habia estado en muy buenas relaciones con Walid, porque este califa, como sus antecesores, abrigaba el deseo de privarle de la sucesion para transmitirla á su propio hijo Abd El-Azis. Yemenitas descontentos, ante todos Yezid Ibn Mohallab, que no podia consolarse de la pérdida de la rica provincia del Corasan, se habian agrupado, como era natural, en torno del futuro soberano, y esto fué motivo suficiente para que Haddschadsch apoyara el designio de Walid. Pero el prudente califa creía, con mucho acierto, que solo podia ser realizado lentamente, aumentando así la inquietud de su virey, que no abrigaba la menor duda respecto de la suerte que le esperaba si sobrevivía al advenimiento de Suleiman al trono. Dicese que en los últimos tiempos antes de su muerte rogaba á Allah que se sirviera hacerle morir antes que el príncipe de los creyentes. Su plegaria fué oida, pues murió en el año 95 (714); apenas seis meses despues le siguió Walid, y entonces la venganza del nuevo califa, de la cual se habia escapado el anciano virey, cayó sobre sus compañeros de tribu tanto mas despiadadamente, cuanto que sus enemigos los yemenitas se ofrecieron gustosos á ser los instrumentos de su cumplimiento. La designacion de Yezid Ibn Mohallab para lugarteniente del Irak destruyó para siempre el equilibrio con tanto desvelo mantenido hasta entonces entre keisitas y yemenitas, y fué además la señal de una persecucion de los mas respetados y beneméritos árabes del Norte que acababan de ocupar el poder, persecucion tal como no se habia visto jamás en tiempo del tan calumniado Haddschadsch. Este tan severo gobernante se

(1) Segun las varias versiones, tenia de 43 á 50 años.

contentó con destituir de su mando al hijo de Mohallab, y el reflexivo Abdelmelik tardó bastante en consentir siquiera en ello; pero á la sazón, un hombre como Mohammed Ibn Hasim, que habia renovado la gloria de las armas musulímicas y acababa de conquistar para el imperio nuevas provincias en el lejano Oriente, fué tratado como un criminal comun y entregado á enemigos personales de la casa de Haddschadsch, que le hicieron morir en el tormento. Koteiba Ibn Muslim pereció, á lo menos, con la espada en la mano defendiéndose contra los que le preparaban suerte parecida (96 = 715). Mal ejemplo fué éste para todos, que desde entonces tuvieron que temer que á cada cambio de soberano subiese al poder el partido contrario, antes oprimido. Un mero gobierno de partido es raras veces saludable aquí fué el peor de los males, porque el encono cada día mayor entre ambos grupos de tribus necesariamente debia propagarse hasta la residencia del gobierno central y pronto producir tambien en ella la mas espantosa confusion.

Vino á agravar el mal la brevedad de los reinados de los últimos omniadas. Suleiman (96-99 = 715-717) y Omar II (99-101 = 717-720) murieron en el tercer año de su respectivo califato; Yezid II (101-105 = 720-724) en el quinto, Walid II, hijo del anterior (125-126 = 743-744), en el segundo, y Yezid III, hijo de Walid I (126 = 744), apenas reinó seis meses. Hisham (105-125 = 724-743) es el único que logró gobernar durante un plazo mas dilatado, 19 años y medio. Ahora bien, como desde Suleiman casi á cada cambio de soberano seguia un cambio político, segun las alianzas de familia del respectivo califa con uno de los dos bandos, ó por otros motivos personales, resulta que entre 101 y 127, ó sea en 26 años, pasó cinco veces el poder de un grupo de tribus al otro; y esto significaba cada vez una encarnizada persecucion de los personajes que mas habian influido hasta entonces, los cuales por su parte no habian procedido mejor durante la época de su mando. Así perdieron la vida gran número de hombres importantes en breve espacio de tiempo, casi todos de la manera mas horrorosa, exacerbándose cada día mas el odio entre árabes del Norte y del Sur. Muy pronto todo el que se creía con bastante influjo se alzaba en abierta rebelion si la subida al trono de un nuevo califa anunciaba peligro para él y sus amigos. Ya en el año 101 (720), á la muerte de Omar II, cuando con Yezid II volvieron otra vez al poder los keisitas, Yezid Ibn Mohallab suscitó un alzamiento en Basora, que propagándose extensamente por las provincias orientales, en su mayor parte dispuestas á su favor, amenazó acabar ya entonces con la hegemonía siria. Esta vez todavía Maslama, la brillante espada de la casa de Abdelmelik, logró sofocar la sublevacion: el 14 Sofar de 103 (24 de agosto de 720) fué derrotado y muerto el orgulloso hijo de Mohallab, despues de tenaz lucha, en las cercanías de Kufa, á orillas del Eufrates, y pronto quedó restablecido el órden en Basora y en toda la Persia. Pero cuando Walid II mandó ajusticiar bárbaramente al celoso lugarteniente de Hisham, el yemenita Jalid Ibn Abdallah El-Kasrí, se sublevaron sus compañeros de tribu, proclamaron califa á Yezid III, primo de Walid, y mataron á este último. Este fué el principio del fin, pues entonces cada partido alzó su propio califa y los sirios se destrozaron mútuamente en abierta guerra civil, hasta que las fuerzas reunidas de las provincias orientales, que entretanto se habian rebelado, cayeron sobre ellos, destruyendo á un tiempo á los dos bandos.

Lo que hizo aun mas funestas las inevitables consecuencias de estos disturbios fué la incapacidad de casi todos los califas de aquella época. Ya los hijos de Abdelmelik no habian sido todos de igual aptitud: Yezid II llevó, como

Suleiman, una vida de placeres, si bien prestándole cierto atractivo con su afición a la poesía y a la música, pero, desgraciadamente, sin cuidarse de sus deberes de gobernante. A la muerte de Hischam fué peor todavía: Walid II era un perdido, al cual ni siquiera la afición que también tenía al arte poético hacía menos repugnante; déspota libertino y cruel que se distinguió, entre otras cosas, por la organización que dió á su harem sobre la base del horrible eunuquismo, y que en su corto reinado hizo lo bastante para merecer de sobra el fin violento que tuvo. Su sucesor Yezid III, con su rebelión contra el legítimo jefe de su casa, acabó con lo último que todavía hubiera podido traer la salvación: la unidad de la dinastía, unidad que la familia de Abdelmelik había respetado con la mayor escrupulosidad; y ni siquiera supo justificar en algún modo su usurpación, dando pruebas de entereza, cuando su enemigo el lugarteniente de Armenia, Merwan Ibn Mohammed, y los keisitas se alzaron contra él. No eran semejantes hombres los que habían de vencer las inmensas dificultades de la situación, complicada ya hasta lo sumo por graves sucesos en las provincias, como también por funestas medidas adoptadas por los dos mejores de los últimos omniadas. De estos dos vamos á tratar con algún detenimiento, no mereciendo la pena que tratemos detalladamente de los desaciertos de los otros y de las enojosas contiendas entre Keis y Kelb.

Omar II era hijo de Abd El-Azis, hermano de Abdelmelik, á quien éste tal vez habría logrado despojar de su derecho á la sucesión al trono si no hubiese fallecido á tiempo. Walid, para congraciarse á los yemenitas, que habían sido muy adictos á su constante protector Abd El-Azis, nombró, en el año 87 (706), á Omar lugarteniente de Medina. Como hombre de profunda y sincera religiosidad, así como de vida intachable, á la manera del Profeta y de sus primeros compañeros, intimó con los ortodoxos de Medina, que hasta allí habían sido en todas ocasiones vejados y oprimidos por los omniadas, en tal modo que causó vivo descontento, y en particular á Haddschadsch. Omar se rodeó de una especie de consejo, compuesto de diez hombres de ideas religiosas y conocedores de la tradición, á quienes consultaba sobre toda clase de asuntos, y les autorizó para vigilar á los funcionarios civiles. En todo lo demás fué también muy benigno su gobierno. Como era natural, tuvo conocimiento de ello fuera de Medina, y muy pronto muchas personas del Irak, que tenían motivos para temer al severo Haddschadsch, huyeron hacia la ciudad del Profeta, donde encontraron seguro asilo cerca de tan santo varón. Esto no podía convenir de modo alguno al rígido virey del Oriente, y atendiendo sus repetidas quejas, el califa destituyó á su primo en el año 93 (712). Desde entonces, como es de suponer, tuvo Omar mayores títulos á la adoración de los ortodoxos, que veían en él la última esperanza de la fe; y cuando Suleiman, durante su última enfermedad, sintió la necesidad de consultar á un director religioso para rectificar sus ideas sobre la otra vida, este director espiritual logró, merced á una intriga con suma habilidad combinada, que en vez del hijo de Abdelmelik que seguía en edad á Suleiman fuera designado y reconocido como sucesor el ídolo de los ortodoxos. No es fácil hacer debida justicia al reinado (99-101 = 717-720) de este hombre de cualidades tan notables. Era personalmente un noble carácter, y la estricta justicia que se esforzó por ejercer habría logrado tal vez remediar hasta cierto punto la grave falta cometida por Suleiman, vejando á los keisitas, si hubiese tenido mayor duración su califato. Ciertamente Omar destituyó á Yezid Ibn Mohallab de su lugartenencia en el Corasan, como indudablemente lo tenía merecido este escandaloso malversador de la hacienda nacional; pero no lo entregó á sus enemigos

personales para que le martirizaran á su gusto, ni tampoco se mostró adversario sistemático de los yemenitas, de lo que es buen ejemplo el nombramiento del capaz Samah para el importante gobierno de España. Mas, por desgracia, sus preocupaciones teológicas le privaban de toda penetración política, y así, aunque no se puede negar que algunas de sus disposiciones fomentaron en gran manera el Islam como tal, casi todo lo que hizo contribuyó á desorganizar fundamentalmente el Estado, que en lo principal estaba ya secularizado. No sin motivo formuló el pueblo de mayores aptitudes políticas, el romano, el principio de que ningún imperio puede conservarse sino por los mismos medios á que debe su existencia.

Pero Omar pretendía sustituir á los principios de gobierno, mas que realistas, de los sucesores de Moawiya, puntos de vista ideales que había sacado del Corán y de la tradición. ¡Y si á lo menos este propósito, loable de suyo, se hubiese procurado realizar con mediano conocimiento de las circunstancias de la realidad! Pero el piadoso califa estaba de tal modo imbuido en las ideas de la gente teológica que le rodeaba, que ni siquiera hizo la menor tentativa para aplicar con algún acierto los conceptos fundamentales del Corán á este perverso mundo. Su sencilla lógica solo le decía que Dios deseaba esto y lo otro, y que por lo mismo debían ser cosas practicables. Pero Dios había demostrado ya muy palpablemente cómo quería que se gobernara el califato, cuando por manos de sus siervos Abu Bekr y Omar I sometió al Islam primero á los árabes rebeldes y luego á toda la Persia, Siria y Egipto. No era, pues, su ideal mas que una copia de la organización dada por el primer Omar al Estado, organización que sus indignos sucesores habían desfigurado en los puntos mas importantes por medio de impías alteraciones. Ahora bien, si recordamos que estas alteraciones no fueron debidas á arbitrariedad subjetiva sino impuestas por la fuerza brutal de los hechos, tendremos por evidente que mal podían avenirse aquellos antiguos principios con el Estado de Abdelmelik y Haddschadsch. La tierna solicitud piadosa de Omar II no tuvo ni vislumbre de tal evidencia, y así muy poco después de su advenimiento al trono decretó la abolición de la medida, adoptada por Haddschadsch en interés del fisco, que imponía á los «protegidos» que abrazaban el Islam el antiguo tributo de capitación. Cuando de esta suerte los adeptos de otras creencias encontraron de nuevo ventaja en convertirse al Islam, el piadoso príncipe, que había organizado al propio tiempo un activo servicio de misiones en todas las provincias, tuvo la infame dicha de ver cómo crecían á millones las huestes de los creyentes en el Oriente y en el Occidente. Por mas que al principio pudieran estas conversiones no ser del todo sinceras, no hay que olvidar que desde antiguo el derecho mahometano imponía pena de muerte al apóstata y que por lo mismo no era posible ya la retirada al que una vez se había afiliado al Corán. Así posteriormente, á lo menos en la segunda generación, preponderaban ya por su número los buenos musulimes, lo que, en verdad, era debido en parte muy principal al edicto de Omar. Pero los efectos de este edicto fueron desastrosos para el erario, cuya situación vino á agravar en gran manera otra nueva medida. El mismo Omar no pudo menos de reconocer que no era posible el restablecimiento puro y simple de la antigua prohibición á los creyentes de poseer bienes raíces en las provincias conquistadas. El obligar á renunciar á ellos á los que los habían adquirido en el transcurso de mas de 70 años, era por varias razones simplemente impracticable, y así prescindíose de este peligrosísimo experimento. Pero, al propio tiempo que se prohibió desde el año 100 (718-719) á los musulimes toda

nueva adquisición de fincas, el califa, á cuya ortodoxia repugnaba la igualdad de condiciones entre creyentes y «protegidos», eximió aquellas propiedades, de todas suertes injustificadamente ocupadas por señores mahometanos, del impuesto del jaradsch, á que hasta allí habían estado sujetas, gravándolas tan solo con el mucho menos oneroso diezmo del producto. Esto ocasionó, como era natural, mayor quebranto todavía en los ingresos del Estado, y era además contraproducente, en el sentido de que semejante franquicia tomaba el carácter de verdadero privilegio, odioso á los ojos de los que ni habían adquirido tales bienes antes ni tenían libertad entonces para adquirirlos. La especie de compensación que se trató de proporcionar á estos últimos aplicando con mayor escrupulosidad el sistema de anualidades, no podía ser tomada en cuenta, ya que éstas, dado el extraordinario aumento de las conversiones, eran relativamente insignificantes, por mas que invirtiera el gobierno sumas enormes en ellas. A todas estas medidas, que tanto perjudicaban al Tesoro, se agregó, por último, la dictada por un sentimiento de justicia, muy humano, pero poco práctico, de que todas las sumas que acaso se percibiesen en exceso de los súbditos por exacciones ilegales, fuesen reintegradas á los perjudicados. No sabemos si esto llegó á efectuarse, siquiera en algún caso aislado, pero no hay duda que el mas prevaricador de los funcionarios difícilmente hubiera podido proporcionarse pretexto mas plausible para saquear impunemente las cajas del Estado.

Sin esfuerzo se comprende que muchas de estas disposiciones debían causar descontento bastante general, y todas ellas contribuir á la completa ruina de la hacienda del imperio. En efecto, los caudales del Estado desaparecían en todas partes como por obra de encantamiento; así, por ejemplo, se refiere que el producto de los impuestos en el Irak disminuyó de pronto en tal manera que esta rica provincia no pudo siquiera cubrir sus propios gastos de administración, teniendo que pedir suplementos á la caja central de Damasco. En tales circunstancias, pronto debió de agotarse ésta también, y ya veremos mas adelante las fatales consecuencias que acarreó la imprescindible necesidad de reponer el exhausto tesoro.

Tan funesto ó mas aun que todo esto fué, para la existencia de la dinastía, el abandono del severo régimen que hasta allí había mantenido á raya las varias aspiraciones particularistas, así religiosas como nacionales. Que el sable constituyese un argumento mas que contundente, incisivo, para vencer á los discrepantes, es un hecho innegable, y no hemos de mostrarnos demasiado indignados contra Haddschadsch y su gente porque emplearan con harta frecuencia argumento tan eficaz. Era esta la costumbre entonces, como lo es aun hoy en el Oriente, y lo ha sido también durante largo tiempo entre nosotros. Mas, por desgracia, los representantes de ese método suelen también desconocer el hecho, no menos innegable, de que no se pueden matar las ideas como se mata á los hombres. Habían logrado que ya nadie se atreviera á manifestar públicamente la idea de la soberanía de la comunidad ó su parcialidad en favor de los derechos de los descendientes de Alí al califato; pero estas ideas no habían muerto, ni podían morir mientras brillase en los círculos democráticos del Irak un destello de la antigua independencia árabe y entre los persas se mantuviese vivo el antagonismo nacional contra los conquistadores extranjeros. Por eso, tan pronto como se aflojó la fuerte presión que hasta la muerte de Walid había contenido á jaridschitas y siitas, volvieron á agitarse ambos bandos casi á la vez. Todavía en tiempo de Suleiman se habían suscitado en varios puntos todo género de controversias: Yezid Ibn Mohallab,

su lugarteniente en las provincias orientales, afectaba demasiado el papel de señor espléndido y magnánimo para molestar á sus administrados con las minuciosas medidas de policía que habían estado de moda durante el gobierno de Haddschadsch, y con la subida al trono de Omar acabó de desaparecer todo el antiguo rigor. Nada de extraño, pues, que ya en el año 100 (719) empezara á predicarse de nuevo por un tal Bistam, llamado también Schauzeb, en el Irak, al Este del Tigris, la doctrina de que solo á Dios correspondía disponer de la soberanía; y como el piadoso Omar escribiera expresamente á su lugarteniente en Kufa que se dejase en paz á aquel hombre mientras no causara derramamiento de sangre, pronto reunió Bistam número de partidarios y derrotó repetidas veces á las tropas que, por último, se enviaron contra él. Solo cuando Yezid II ocupó el trono se logró someter á los puritanos (101 = 720) y restablecer por algún tiempo el orden en el Irak.

Mas cautos, y por lo mismo mas peligrosos que los jaridschitas, eran los alidas. Desde que los verdugos de Mos'ab habían convencido, en manera tan terrible, á los siitas del error en que estaban de que fuera posible fundar bajo la bandera de Alí un nuevo reino persa en lugar de la dominación árabe de los omniadas, la secta no había dado señales aparentes de vida. Apenas uno que otro hombre demasiado leal á sus convicciones se negaba á maldecir la memoria de Alí, prueba á que solía someter Haddschadsch á los sospechosos de siismo: esto costaba la vida al infeliz y atemorizaba á los demás imponiéndoles mayor reserva. Pero por todas las provincias del Oriente fué extendiendo cada día mas sus ramificaciones una liga secreta de todos los que veneraban en la casa de Alí al único apoyo de la fe, la única esperanza de la liberación del yugo árabe. En una insignificante aldea, en las cercanías de los santos lugares de la Meca, Medina ó Kerbelá (no se sabía á punto fijo cuál de estas ciudades), vivía el nieto ó biznieto del idolatrado yerno del Profeta, heredero, conforme á la sucesión fijada por Allah, de la dignidad de iman y verdadero jefe supremo de la religión. Su persona tal vez no era conocida sino de Dios, ni se sabía el día y la hora en que saldría de su retiro, impenetrable á los ojos humanos, y aparecería como el Mahdí (1), el llamado á restablecer el reino de Dios en la tierra; por el pronto no había mas que esperar aquel momento con inquebrantable fe, pero propagando sin cesar, en secreto, la verdadera doctrina, para que en el día de la liberación todo el pueblo creyente se levantase como un solo hombre y aniquilase de golpe á los impíos. El misterio con que se encubrían los jefes del movimiento era un incentivo mas para los románticos de entre los siitas árabes y muy especialmente para el pueblo persa de raza indo-germana, que desde antiguo era muy propenso á ideas místicas.

Acaso los mismos alidas no tenían una idea exacta de la extensión y eficacia de esta propaganda. Sin duda sus verdaderos directores estarían en constante comunicación con algún miembro de la casa del Profeta, á quien pudieran colocar oficialmente al frente del movimiento cuando llegase la oportunidad de proceder sin reserva; pero no es probable que los alidas hubiesen tenido jamás en sus propias manos todos los hilos de la misteriosa liga. Diríase que se habían perpetuado en la familia aquella indecisión y aquella carencia de sentido político que llevaron á su ruina á Alí y á sus hijos. Si fecunda había sido en su propagación física,—Alí tuvo 31 hijos y muchos de sus descendientes se multiplicaron en proporción análoga,—fué muy estéril en producir hombres notables. No quiso renunciar jamás á sus preten-

(1) *El-Mahdí*, «el (por Dios) dirigido.»